

frutas de la *Crescencia* y *Lecitis*, sirven de ollas; de la flor de muchas palmas y de algunas cortezas de árboles se hacen sombreros y vestidos sin costura. De los nudos, ó mejor dicho, de las capas interiores del tronco del bambú, se construyen chozas y otros utensilios necesarios para el mobiliario de los indígenas. Con una vegetación tan exuberante, y con frutas tan variadas, se necesitan motivos muy poderosos para que el hombre se dedique al trabajo, despierte de su apatía y desarrolle sus facultades intelectuales. Esta circunstancia aprovecha á los países y á las naciones ménos favorecidas por la naturaleza. Con la necesidad del trabajo, se desarrolla la tendencia á meditar, y por ella..... la ocasión de cultivar la inteligencia..... *resulta una vida doblemente útil, la física y la intelectual.*

CAPITULO III.

Agar en el desierto.

Humboldt y Bonpland habian penetrado hasta las llanuras del Orinoco; pasaron el rio Uritucu, en donde hay muchos lagartos, y buscaron un sitio donde pasar la noche.

En lo general les servia para este caso el campo raso, teniendo por techo el firmamento con sus innumerables estrellas; pero en aquella vez habrian deseado encontrar aunque fuera una choza de indios, para pasar la noche, porque temian á los lagartos que se hallaban próximos.

Tampoco era muy agradable el rugido del tigre y de otras fieras, despues de que aquel mismo dia Hum-

boldt habia matado á una enorme boa, que media veinte piés de largo. Los guías advertian, además, que no sería prudente dejar á los perros beber agua en el rio, porque muchas veces salian los lagartos, atraidos por el olor de los perros, para devorar lo que podian.

Por fortuna encontraron una especie de choza que servia al dueño de un ingenio cercano, D. Miquel Cousin, para pasar allí la noche cuando cazaba, segun dijeron los guías.

En el acto se descargaron las mulas, y despues de haber tomado los viajeros una frugal cena, trataron de dormir. Humboldt y su compañero se sirvieron como de lecho, de la piel del tigre que habia matado el mulato en la cueva de Cuchivano; extendiéndola sobre una banca de palo; pero aunque muy cansados, no pudieron dormir, porque apenas cerraban los ojos, cuando sintieron un revoloteo sobre sus cabezas, ocasionado de una multitud de grandes murciélagos de la familia de los filostómenas, llamados vampiros. Los viajeros tuvieron que estar en vela toda la noche, por causa de estos repugnantes animales, que no se retiraron sino hasta el amanecer.

Apénas lograban entónces dormir un rato, cuando sintieron fuertes golpes, por lo que Humboldt y Borpland entablaron el siguiente diálogo.

—Nada se ve....
—¿Será temblor?
—¡No!

—Los golpes son de otra clase.

—Se repiten.

—La tierra se mueve.

—¿Y el ruido?

—Hola, ya se desprenden y saltan terrones de abajo para arriba.

Los dos amigos se ... lerezaron en su lecho improvisado.

—¡Diablo! exclamó en este momento Bonpland, parece que el ruido proviene de debajo de este banco.

—Levantémonos, pues, y veremos lo que hay, dijo Humboldt.

Pero en el mismo instante se multiplicaban los terrones que se desprendian del suelo; se aumentaban los golpes, y ante la vista horrorizada de los dos amigos se abrió el suelo debajo de la banca, apareciendo un gran lagarto.

Una exclamacion de sorpresa y de horror, se escapó de los lábios de los dos naturalistas.

Pero este lagarto, despues de haber acometido á un perro que se hallaba en la puerta de la choza, y al cual no pudo hacer daño, se metió en el rio.

Vueltos en sí de aquella sorpresa los dos amigos, examinaron el pavimento de su dormitorio improvisado, y encontraron la explicacion de esta rara aventura. Habia en el suelo una hoquedad bastante profunda. El terreno estaba formado de lodo seco, en donde el lagarto habia pasado su época de letargo, durante el verano.

El ruido de los hombres y de los animales, y acaso tambien el olor del perro, le habian despertado. La choza estaba junto á un estanque, el cual la inundaba una parte del año, y quizá, durante la inundacion, se introdujo el lagarto debajo de la misma choza, por la parte húmeda y blanda, quedando allí en letargo, aun después de haberse retirado las aguas.

Con frecuencia encuentran los indios, en estado de letargo, inmensas boas, que llaman ujis ó serpientes de agua, las que solo se despiertan irritándolas ó arrojándoles agua.

La seca y el calor ejercen, por consiguiente, en los animales y vegetales, el mismo efecto que el frio.

Los árboles se despojan de las hojas en un aire muy reseco. Los reptiles, principalmente los lagartos y boas, por su naturaleza perezosa, abandonan con dificultad los charcos que han encontrado durante la abundancia de aguas. Cuanto mas se resecan esta especie de lodazales, tanto mas se entierran estos animales en el lodo, siguiendo la humedad, que les conserva la flexibilidad en la piel y en las escamas. En este estado de reposo entra el letargo, en el cual no están enteramente aislados del aire, pues el que se introduce por las aberturas, es suficiente para sostener el proceso de respiracion en la familia de los lagartijos, que tienen pulmones sumamente anchos y que no hacen movimiento alguno, al estar suspensa casi toda funcion vital. La temperatura del lodazal, expuesta continuamente á los ra-

vos solares, importa probablemente, por término medio, cuarenta centígrados. Cuando en el Norte de Egipto, donde la temperatura no baja de trece grados en el mes mas frio, habia todavía cocodrilos, que caían en letargo, á causa de esta temperatura, lo mismo que nuestras ranas, salamandras, golondrinas y marmotas, durante el invierno. Habiendo por consiguiente casos de letargo en los animales con sangre caliente, lo mismo que en los de sangre fria, no es extraño que en ambas clases haya tambien letargo en el verano. Igual á los cocodrilos del Sur de América, están entorpecidos los erizos, en Madagascar, durante tres meses del año.

La permanencia de los viajeros en aquellos puntos, habia sido corta: continuaron el viaje, llegando á inmensas llanuras donde raras veces pisa la planta de los hombres civilizados.

Estas llanuras parecían unirse al cielo, y el grande é inmenso desierto se presentaba á la vista, por una ilusion óptica, como una gran laguna cubierta con plantas acuáticas. Estando repartidos en el aire los vapores con desigualdad, y no siendo uniforme la baja de temperatura en las capas superiores del aire, se presentaba el horizonte, en ciertas direcciones, con límites claros y determinados, y en otras como haciendo ondulaciones, confundiéndose á la vista cielo y tierra. Por entre la bruma y las capas de vapor, se veian en lontananza muchos troncos de palma, que, desprovistos de sus

puntas verdes, aparecian como mástiles en el lejano horizonte.

La vista uniforme y monótona de estas llanuras, tiene algo de grandioso; pero tambien de triste y desalentador. Es como si la naturaleza se encontrara yerta; apénas que aquí y acullá se ve la sombra de una nubecita, que, pasando por el zenit, anuncia la estacion de aguas que se aproxima. La primera vista de estas llanuras, no sorprende acaso ménos que la de la cordillera de los Andes.

Y en todos estos extensos páramos, pacian los animales, enteramente libres. Desde la desembocadura del Orinoco hasta el lago de Maracaibo, habia lo ménos, un millon doscientos mil búfalos y reses, ciento ochenta mil caballos, noventa mil mulas. Entre esta multitud de caballos, búfalos y reses, se veian pacíficamente manadas de venados, con la piel cenicienta y manchas blancas, que los indígenas llaman matacanis, y son tan mansos, que miraban tranquilamente á los viajeros con sus grandes ojos negros. Los terrenos estan sin acotar. Hombres desnudos hasta la cintura, y armados solamente con una lanza, recorren á caballo estos llanos, para tener á la vista los semovientes y hacerles retroceder cuando se alejan demasiado, así como para marcar, con un fierro candente, á los que no tienen todavía la marca del dueño. Estos hombres de color, llamados peones llaneros, son en parte libres ó libertos, en parte esclavos. Pero en ningun lugar está el hombre tan constantemen-

te expuesto á los rayos del sol tropical, como en estos puntos, en los cuales estos sirvientes no se mantienen de otra cosa, que de carne secada al aire, estando continuamente á caballo.

Nuestros amigos encontraron en un rancho á un negro, viejo esclavo, que en ausencia del propietario llevaba el mando. Miles de cabezas de vaca habia en el agostadero, y sin embargo, no podian conseguir una gota de leche. Se les ofrecia en títumus, especie de guajes, una agua corrompida de color amarillento, que habian recogido de un pantáno en las cercanías. Los habitantes de estos llanos son tan desidiosos, que no hacen depósitos de agua, ni un pozo siquiera, á pesar de que se encuentra el agua á diez piés de profundidad, en unas capas de conglomerato, ó piedra arenisca, rojiza. Despues de haber sufrido una mitad del año las inundaciones, se sufre en la otra mitad, por desidia, la falta absoluta y penosa de agua. El viejo negro aconsejó á los viajeros que cubriesen una olla con un pedazo de género de lino, y de este modo bebiesen agua por una especie de filtro, que les evitaba el mal olor, y tomar las partículas finas de barro suspendidas en el agua. Humboldt y su amigo no sospechaban tener que emplear este medio por meses enteros. Tambien el agua del Orinoco contiene muchas partes de tierra, y aun dá mal olor en los puntos donde hay cocodrilos muertos en los bancos de arena, ó medio ocultos en el lodo.

Apénas se descargaba el equipaje y se colocaban los instrumentos, cuando se dejaban libres las mulas, para que se proporcionasen agua en la sabana, en pequeños charcos que encontraban, llevadas por su instinto.

Para sufrir ménos el calor del día, caminaban de noche Humboldt y Bonpland. Su objeto mas próximo, era alcanzar la pequeña ciudad de Calabozo, situada en medio de la sabana. El aspecto del paisaje era siempre el mismo. No hacia luna; pero la multitud de estrellas nebulosas alumbraban, descendiendo á una parte del horizonte. El magnífico espectáculo de la bóveda de estrellas, en toda su inmensa extension; la brisa fresca de la noche, el movimiento de los pastos, en los puntos donde se elevan á cierta altura, todo esto recuerda el alta mar. La ilusion se hacia mas completa cuando, saliendo el sol, se reproducia su imágen por la refraccion, y desaparecia á poco su aplanamiento, ascendiendo rápidamente hácia el zenit.

Con frecuencia se imaginaban ver fuego en el horizonte, y con horror recordaban la terrible quemazon de la sabana, que habian presenciado; pero lo que tomaban por fuego, eran estrellas que estaban apareciendo y cuya imágen se aumentaba por los vapores.

Al fin llegaron á Calabozo. Allí, Humboldt fué sorprendido agradablemente, al encontrar una máquina eléctrica completa, con grandes discos para electrofor, baterías eléctricas y electrómetro; en una palabra, con

un aparato tan perfecto, como lo poseén los naturalistas en Europa.

Y estos instrumentos eran fabricados por un hombre que jamás habia visto uno de esta clase, porque nadie le habia informado sobre el particular, y solo habia leído la obra de Sigaud de la Fond, sobre los fenómenos de la electricidad, y las memorias de Franklin. Este hombre se llamaba Cárlos del Pozo, que al principio habia construido máquinas eléctricas cilíndricas, utilizando para esto grandes campanas de cristal, quitándoles antes el cuello. Hacia pocos años habia conseguido de Filadelfia dos discos de cristal, por medio de los cuales podia construir una máquina que producía efectos eléctricos en mayor escala. Se puede figurar fácilmente cuántas dificultades tendria que vencer, despues de haber leído las primeras obras sobre la electricidad y tomado la audaz resolucion de procurarse, por sus propios esfuerzos, todos aquellos aparatos que se describen en las obras mencionadas. Hasta entónces habia gozado él solo de la sorpresa y admiracion que manifestaban aquellas personas poco instruidas, que jamás habian salido de los llanos, al presenciar los experimentos con estas máquinas.

La permanencia de Humboldt en Calabozo, proporcionó á Pozo una satisfaccion extraordinaria al conocer á un hombre tan instruido, capaz de comparar sus aparatos con los que se usaban en Europa y que ya tenia una gran fama en la ciencia.

Pozo expresó vivamente su alegría, al ver por primera vez aparatos que no había construido él y que parecían ser imitación de los suyos. Humboldt le enseñó el efecto sobre los nervios de las ranas, mediante el contacto de dos metales heterogéneos. Los nombres de Galvani y de Volta no habían penetrado todavía en aquellos grandes desiertos.

¡Cuán interesante es pensar en ver á estos dos hombres frente á frente! El uno, el rey de la ciencia, abandona su hogar, patria y amigos, así como la perspectiva de obtener altos empleos, etc., para ver países desconocidos, satisfaciendo su viva tendencia hácia la investigación de los conocimientos humanos y la exploración de estos países remotos. Provisto de todos los elementos materiales é intelectuales para alcanzar este objeto, le vemos allí, á dos mil millas distante de su patria, ante un hombre sencillo á quien faltan todos los conocimientos preparatorios y los medios para perfeccionarse, supliendo su ingenio y talento natural aquella falta, para procurarse una entrada al imperio de la ciencia.

Humboldt no pudo dejar de tenerle mucha estimación, y el sencillo habitante de aquel lugar aislado en los llanos y desiertos, consideró su encuentro con este gran viajero como uno de los sucesos mas hermosos de su vida.

Además de las máquinas eléctricas de Pozo, conocieron allí tambien, Humboldt y Bonpland, poderosos apa-

ratos eléctricos de seres animados que habían deseado conocer é investigar desde su llegada á América.

Con aquel entusiasmo que incita á la investigación, se había ocupado Humboldt diariamente, hacia años, de los fenómenos de la electricidad galvánica. Poniendo capas de metal unas encima de otras, alternando con pedazos de carne musculosa, ú otras sustancias húmedas, había construido, sin saberlo, verdaderos aparatos de Volta, y por este motivo era natural que se informase, desde su llegada á Cumana, de los peces conocidos bajo el nombre de anguilas eléctricas, este fenómeno tan extraordinario.

Pero hasta entónces había visto pocos peces tembladores, como les llaman los españoles. Con la apatía de los indígenas y el poco valor que tiene el dinero para hombres de pocas necesidades, era difícil encontrar uno que se hubiera tomado el trabajo de llevar á los naturalistas un pez de esta clase,

Grande fué, pues, su contento al saber que muy cerca del punto de Calabozo, entre las haciendas de Morichal y las Misiones de arriba y de abajo, había verdaderos guimnotas, ó anguilas temblorosas.

—¡Esto es magnífico! exclamó alegremente, y en el acto mandó hacer los preparativos para la pesca de estos animales.

En una hermosa mañana se emprendió la expedición á la Mision del Rastro de abajo. Desde allí los llevaron los indígenas á un arroyo, que forma en la estación del ca-

lor un pantano, rodeado de árboles frondosos, cubiertos de flores aromáticas.

—¡Amo! exclamó el mulato al llegar allí. Aquí agua de tembladores.....¿Cómo querer pescar?.....indios tener raíces.....tener Barbasco.

—No creo que será bueno, dijo Bonpland. He examinado esta planta que llaman barbasco, es la raíz de *Piscidia Erithryna*.

—Entonces no podemos hacer uso de esta planta, contestó Humboldt. Esta raíz embriagaria á los animales y no podíamos hacer experimentos con ellos.

—¿No se podría pescar con redes? preguntó Bonpland.

—No poder esto, contestó el mulato despues de haber tomado informes con los indígenas. Tembladores ser como serpientes..... moverse rápidamente..... ver la red..... enterrarse profundamente en el lodo.

—¿De qué medio nos valdremos, pues, para conseguir el objeto? preguntó Humboldt, temiendo que no se pudiera lograr.

—*Embarbasco* con caballos, dijo uno de los indios.

—¿Pescar con caballos? dijo Humboldt á Bonpland, sorprendido.

Pero en el mismo instante montaron los guias en sus caballos, y se alejaron con rapidez, dirigiéndose hácia el llano.

Los dos amigos estaban llenos de curiosidad al ver lo que sucedia.

Pero apénas habian pasado diez minutos, cuando se les presentó un nuevo y sorprendente espectáculo. Los indios volvieron tan rápidamente como se habian alejado, precedidos de unos treinta caballos que habian reunido en la sabana.

Estos animales, criados libremente en el campo, presentaban un aspecto imponente. Tenian las narices infladas, el encuentro ancho y fuerte, los ojos vivos, revelando fogosidad.

Los indios, gritando y silbando, procuraban introducirlos al agua.

Aumentó en estos momentos lo interesante de la cena.

El ruido no acostumbrado, los gritos de los indios, y el pataleo de los caballos dentro del agua, puso en movimiento á las anguilas y las excitó á atacar á los invasores. Multitud de ellas aparecieron en la superficie para desaparecer luego y comenzar su lucha con los caballos debajo del agua. (1)

Fué un cuadro muy pintoresco y original el que se presentó entonces á la vista de los dos naturalistas.

Al rededor del estanque, sombreado por una magnífica arboleda, se veian las figuras bronceadas de los indios, armados con harpones y otates. Algunos de ellos habian subido á los árboles, cuyas ramas se extendian hasta la superficie del agua, y toda esta gente parecia

(1) Viajes de Humboldt y Bonpland, tomo II, pág. 173 hasta 186.

una legion de espíritus malignos, porque tan luego como los caballos intentaban salir á la orilla, espantados por sus enemigos invisibles de quienes recibian golpes electricos, los hacian volver al agua con gritos y empujones.

Pero las colosales anguilas tembladoras, inquietas por los perturbadores de su reposo, y moviéndose en el agua con la velocidad del rayo, se colocaron debajo de la barriga de los caballos, infiriéndoles repetidos golpes con sus baterias eléctricas.

Cada golpe hacia reparar y amedrentar á los caballos, y aun algunos de ellos habian sucumbido á estos golpes invisibles, que recibieron en la parte mas sensible de sus miembros, al grado de precipitarse al fondo del estanque, por falta de fuerzas para sostenerse en la superficie del agua.

Otros, resollando fuertemente, con la crin erizada y el terror en sus ojos inmóviles, se volvían á levantar, buscando el modo de salir del agua. En vano, porque los indios los obligaban á retroceder. Sin embargo, algunos se escaparon, ganando la orilla; pero, tropezando á cada paso, caian en la arena agotadas sus fuerzas por el cansancio, y aturdidos por los golpes de las anguilas.

—Todos los caballos se morirán probablemente, dijo Humboldt entónces, sorprendido del triunfo que obtuvieron las anguilas, entre las cuales habia varias que medían hasta seis piés. En efecto, algunos de los caballos habian muerto; pero por mas que gritaba Humboldt pa-

ra que dejaran salir á los que quedaban vivos, no lo oian los indios, á causa del fuerte ruido que producía el combate.

Paulatinamente fué cambiando la escena.

El calor de la lucha desigual disminuyó. Las anguilas debilitadas desaparecian, porque necesitaban de reposo y de alimento para reponerse de las pérdidas sufridas en sus fuerzas orgánicas.

Los indios aseguraron, que si se dejaban los caballos por dos dias en el estanque, donde habia muchas anguilas, ya no se moriria ningun caballo.

Mediante el cansancio de las anguilas, los caballos comenzaban á sosegarse y á manifestar menos temor. Aquellas, asustadas, se refugiaban en las orillas del estanque, donde los indios las pescaban con sus harpones.

En pocos momentos fueron recojidas vivas cinco de ellas, y puestas á la presencia de Humboldt.

El diámetro del cuerpo de las guimnotas, media tres pulgadas cinco líneas. Su color era verde olivo, en la parte superior, y en la inferior amarillento con matices de colorado. Dos hileras de manchas amarillas corrian diametralmente sobre su espalda, desde la cabeza hasta la cola. No tenian escamas, y la piel estaba cubierta con lodo, que es buen conductor de la electricidad, segun Volta, y aun mejor que el agua.

El órgano eléctrico lo encontró Humboldt por toda la extension de la cola, desde la garganta hasta la columna vertebral, consistiendo en capas acumuladas en colum-

nas, cuya posición era oblicua á la superficie de la piel.

Humboldt y Bonpland hicieron experimentos con ellos, durante cuatro horas, y al acabar sentían mucha debilidad en todo su cuerpo y un cierto malestar, á consecuencia de la grande excitación del sistema nervioso.

Y sin embargo, ya los animales habían perdido mucha parte de su fuerza. A los primeros golpes de una fuerte anguila tembladora, no se podría exponer un hombre sin gran peligro. (1)

Antes de dejar estos puntos, esperaba á los viajeros otra aventura original.

Los llanos se habían convertido, en la parte meridional, en un verdadero desierto.

Una que otra palma, bastante separadas, era lo único que se veía en algunos puntos. El termómetro señalaba, desde por la mañana hasta que el sol se ponía, una temperatura de treinta y cuatro á treinta y cinco centígrados.

Cuando mas sosegada parecía la atmósfera, mas frecuentemente se veían envueltos los viajeros por torbellinos de polvo, producidos por las pequeñas corrientes de aire muy á la superficie de la tierra.

Era al anochecer cuando el mulato, que conducía los animales de carga, hizo alto repentinamente, gritando.

—¡Amo, amo!

(1) Viajes de Humboldt á las regiones equinociales &c. tomo 2º., pág. 106 hasta 117.

—¿Qué es lo que hay? preguntó Humboldt, distinguiendo un objeto á los piés del mulato.

—¡Oh, oh!..... articuló el mulato, con ademán triste.

—¿Qué es, pues, le preguntó Bonpland, es acaso víbora?

—No ser cascabel, contestó el criado. ¡Oh....oh!....

Excitados por la curiosidad, se acercaron los dos amigos, viendo con sorpresa, tendida en el suelo, á una jóven indígena enteramente desnuda y que parecía tener una edad de doce á trece años. (1.)

La sed y el cansancio debían haber producido en ella una completa paralización de todas sus fuerzas. Ojos, boca y narices, se hallaban cubiertos de polvo, y su respiración era apenas perceptible.

En vano se esforzaron los viajeros para volver completamente á la vida á esta pobre Agar, víctima del desierto, que no podía articular palabra.

Junto á ella había un cántaro acostado, con la mitad lleno de arena.

—Agua, exclamó entonces Humboldt.

Afortunadamente había un guaje lleno, cargado en una de las mulas, y el mulato, que se mostró muy compasivo, se apresuró á llevarlo.

Humboldt lavó la cara de la jóven, y Bonpland le introdujo en la boca algunas gotas de vino.

(1.) Hecho positivo.

Entonces, exclamó el mulato:

—¡Oh..... oh! volver en sí..... muchachita volver en sí..... ser Tamanacos..... ser extraviada del camino..... abrir ojos.....

Y brincó de alegría.

En efecto, volvió en sí la muchacha paulatinamente. Al principio estaba atemorizada por la mucha gente que habia; pero pronto se calmó, y no comprendiendo el español, se entendió con el mulato en el idioma de los Tamanacos.

—¿Y qué dice? preguntó Humboldt al criado.

—Muchas horas acostada aquí, contestó éste. Venia de Uritucu..... haberla despedido amo..... haber estado enferma..... no poder trabajar mas..... ¡Oh!..... ¡mal amo éste!.....

Segun esta relacion, sus amos en Uritucu, la habian despedido por serles ya inútil, á causa de enfermedad.

—Montadla en una de las mulas, dijo Humboldt, movido de compasion.

Quería llevarla á Uritucu, y despues tomarla á su cargo.

Pero la muchacha no consintió.

Indiferente para los sufrimientos, como toda su raza, y sin cuidarse de lo futuro, insistió en su resolucion de ir á una de las misiones de indios, cerca de Calabozo.

Habiendo sido en vano todas las instancias para que acompañara á los viajeros, la dejó Humboldt algunos

alimentos y un cántaro con agua, deseándole que llegara pronto á su destino, y antes de que montara á caballo, emprendió la jóven su marcha.

Pronto una nube de polvo hizo que la perdieran de vista.